A LAS BARRICADAS, QUÉ JODER

Francisco Miguel Cubero Lorón

Image not found.

Capítulo 1

¡A las barricadas..., qué joder!

Allá, subido en una plataforma un tanto precaria, apoyadas las manos en lo que hacía de atril, el joven airado se dirigía a los también jóvenes en su mayoría, que habían sido congregados para recibir unas verdades gordas como puños. Un poco más atrás, un anillo de jubilados ociosos, formaban la retaguardia para escuchar la oferta del día.

Su discurso, como atrapado en un remolino de palabras rebuscadas del que no pudiera salir, giraba y giraba en el mismo sentido, que se reducía a que había que acabar con esto. ¿Quién se resistía a acabar con esto, si era algo tan evidente? Y todos aplaudían cuando los dos o tres que estaban de apoyo al orador, iniciaban los aplausos que todos los demás seguían. Era importante que tras cada verdad revelada y fijada de antemano, los asistentes la reconocieran como tal, disfrutada y asimilada en comunión con el resto.

"*Porque los señores que verdaderamente nos gobiernan por encima de los de arriba, no se van a resignar a ver cómo los que han sido elegidos por el pueblo, los parias, sí, vosotros, los "perroflautas" que os dicen..., les arrebatan sus prebendas. Y se unen por encima de sus distintos intereses, en lo que les es común: poder y dinero*". Nuevos aplausos y todos se buscaban los unos a los otros con sus miradas, para comprobar que sí, que la cosa era así, y que las verdades hay que decirlas a la cara, caiga quien caiga, como hacía con vehemencia el orador.

"*¡Dales caña, compañero!*", gritó una señora que tenía dos hijos en paro por el capricho de un gobierno sin cojones, que se negaba a aprobar leyes que obligaran a los patronos a contratar más gente en sus empresas y, a los inversores, a invertir más en ellas.

"*Y no lo dudéis, y lo digo aquí, alto y claro: ellos, os temen. La fuerza del pueblo unido, es imparable, compañeros; y yo os digo que los votos que vayan a nuestra organización, no serán en balde porque... podrán comprar a los partidos que no quieren que nada cambie, podrán tener acogotados, paniaguados o compinchados, a los medios..., pero la fuerza de la verdad vale más que todos los tanques que vayan a sacar a la calle, las fuerzas armadas represivas, puestas a su servicio. ¿Por qué...? Porque nosotros tenemos estudios*".

Este final, que parecía otra interrupción para arrancar de los oyentes una nueva salva de aplausos, dejó al público un poco perplejo, porque la mayoría de los que allí estaban, no los tenían. Pero aún así, los animadores, iniciaron un voluntarioso batir de palmas, que no fue seguido

con el mismo entusiasmo puesto en las anteriores aclamaciones.

Alguien, jaleó para que el ambiente no se destensara, mientras batía el cielo con el puño:

"*¡El pueblo, unido, jamás será vencido!*", "*¡El pueblo, unido...*", y ya, poco a poco, otras gargantas se unieron al coro, y sus puños, a la coreografía general, repitiendo varias veces lo que podría pasar si el pueblo se uniera.

A medida que los que coreaban la frase, iban bajando en intensidad, el del podio, se preparó para continuar su discurso donde lo había dejado por culpa de la espontaneidad de los allí presentes, al reafirmar sus convicciones. Miró a los otros de su organización y éstos, con discretos gestos le indicaron que no se pusiera muy academicista. Y prosiguió:

"*Como os decía, nosotros tenemos estudios. Tenemos estudios... realizados por eminentes sociólogos, que demuestran que somos una fuerza que crece imparable y, si es así, es porque los ciudadanos hartos de corruptelas, quieren respuestas para dar solución a sus problemas, que les acucian en el día a día. Por eso, hemos planteado en el Congreso..., qué planteado..., exigido, una ley que permita a los transexuales tener acceso a la vaginoplastia por inversión peneana, con cargo a la Seguridad Social y que era una demanda muy ansiada por este colectivo. Y otra, para que los saltimbanquis de nuestras ciudades, sean reconocidos Bienes Culturales de Especial Protección, con una asignación anual de 35 millones de euros. ¿Y cómo ha reaccionado la derecha y sus acólitos de la pseudoizquierda claudicante, ante nuestras exigencias?: "No, no y no..., porque no hay presupuesto". La misma cantinela de siempre. Un mantra exigido por la oligarquía que impera en el Parlamento Europeo, quienes bajan la cabeza ante la Gran Patronal Globalizadora.*

Pero ahora nos tienen enfrente, a nosotros, al pueblo, a los desheredados y desesperados que han dicho basta, y lo han dicho a través de las gargantas de nuestros diputados en el Congreso porque éstos, sí nos representan".

Y, de nuevo, el más enardecido de los de entre el público, comenzó a gritar, al oír no se qué de... "*nos representan*":

"*¡Que no, que no, que no nos representan..., que no!*", y el resto, dudando entre lo que al final del discurso les había parecido que decía el orador, y lo que aquél entusiasta gritaba convencido, se le unieron y fue un clamor imparable, de puños en alto, que puso la piel de gallina a más de alguno de los presentes. Y todos, siguieron empeñados a voz en grito, que no, que no les representaban, una y otra vez. Tenían que enterarse los de la oligarquía, diera igual donde se escondieran ante esta realidad

imparable.

Los de la organización, se animaron porque el pueblo, cuando se desata, pueden votar sin dudar, hasta a los que quieren venderles crecepelo.

"*¡Chssssst..., chssst...*", solicitaban ahora los ayudantes del orador, para que éste, pudiera dar por finalizado el acto. Y poco a poco, iban consiguiendo que la gente, volviera a interesarse en qué iba a parar todo aquél discurso que ya se alargaba un poco y la señora de los dos hijos en paro se inquietaba porque el joven aquél, aún no había dicho nada del tema del desempleo que, aún siendo una tontada..., pues, para ella, era importante. No en vano, los chicos estaban ya aburridos todo el día en el bar, cansados de echar currículos en todas la empresas, para nada. Y quieras que no, el uno con 46 años, y tres menos, el otro..., pues no era plan. Ni novias podían tener.

"*¡No os tenemos miedo...!*", siguió el joven vehemente con la mirada al frente, como a una lejanía imposible porque la plaza aquella y en aquél barrio, no daba más de sí, lo que hizo volver la cara a la mayoría de los presentes hacia su espalda, a ver a quienes no tenían que tenerles miedo, pero allí no había más que niños jugando ajenos a la arenga, abuelas paseando entre palomas picoteando el suelo, agarradas del bracete y hablando de que una de ellas, ya no echaba avecrem a la comida por la cosa de la sal...; y un furgón con el anuncio de "Coca-Cola" pintado en un lateral, del que uno que parecía ecuatoriano o algo así, descargaba lotes de botellas de esa bebida sobre una carretilla de mano. Mientras las apilaba urgente porque estaba mal aparcado, miraba de hito en hito al joven de la tribuna al que veía enmarcado por el logotipo de la formación pintado en la sábana que tenía a su espalda, y al guardia que de lejos, controlaba el tiempo que le permitía que estuviera allí descargando, fuera de la normas municipales. "*Empatía sí..., pero sin pasarse*", que pensaba el guardia mientras le vigilaba.

Cuando todos vieron que no, que ni a los niños, ni a las abuelas, ni al apresurado repartidor, que no había que tenerles miedo ni eran tan peligrosos como el joven creía, se volvieron de nuevo hacia éste, que siguió para finalizar porque la hora del partido del Madrid que televisaban..., en nada, se echaba encima.

"*... y no os tenemos miedo, oligarcas reaccionarios e insaciables en saquear al pueblo, porque el cambio ha llegado para quedarse. Y en él, vamos a atender las necesidades de los jubilados y las jubiladas...*", y ante esa palabra mágica, las abuelas se olvidaron del avecrem y pusieron atención en lo que venía después, porque pintaba bien: ya era hora de que alguien se acordara de ellas.

"*... con pensiones ridículas, a las que vamos a incrementar con carácter general, un 2%, y no la miseria de nuestro gobierno que sólo las ha*

subido un ridículo 0,25% pensando que, con ello, les compraba los votos en estas elecciones que están a la vuelta de la esquina. Y, sí..., sí es posible esta subida que ellos ven imposible: de la mangancia y de la corrupción, es de donde la vamos a sacar. Y aún sobrará, para abrir nuevos hospitales, crear escuelas y centros de día para la 3ª edad, a quienes tanto debemos. ¡¡Viva la Socialdemocracia, camaradas!!", acabó el joven, autoaplaudiéndose.

Alegrados porque la arenga había finalizado y que un 2% de subida, pues... que bueno era..., los asistentes excitados por los ayudantes del orador, comenzaron a gritar, puño en alto, que no pasarán, no pasarán..., mientras a la vez, vigilaban de reojo la hora en el reloj, porque el cambio histórico que se avecinaba, bien podría esperar hasta que acabara el partido del Madrid. El "*no pasarán*" fue amainando y ya, la mayoría se fue disolviendo camino de los bares y de sus casas, porque el tiempo les apremiaba.

El orador y sus ayudantes, después de recibir los enhorabuenas de los más entregados a la causa, comenzaron a desmontar el atril, el podio, la escueta megafonía utilizada, y a enrollar la sábana con el logotipo, porque mañana, tocaba otro mitin en distinta zona del barrio. Popular también, por supuesto. Metieron las cosas en una furgoneta, la cerraron y se fueron a un bar cercano, a tomar unas cervezas mientras veían el partido.

"*¿Cómo he estado?*", le preguntó el orador a uno de sus amigos de más confianza.

"*Bien, muy bien. Seguro que le gustará a Pablo, cuando se entere de cómo ha ido el acto. Aunque has cargado demasiado las tintas contra la oligarquía que, a esta gente, bueno, a la ciudadanía quería decir..., pues como que les queda un poco ajena. Mañana, háblales más de los 500.000 puestos de trabajo que crearemos en el primer año, aunque no es necesario puntualizar dónde ni cómo. Cuando estemos en el gobierno, ya lo pensaremos*", le dijo su amigo. Y ahí se cortó la conversación, cuando todos los del bar celebraron brazos en alto y al grito de "*¡¡¡¡igoooool...!!!*", el primero de los que marcaría esa noche, el Madrid.

Bueno, pues después de celebrar la victoria del equipo de la capital, que acabaría con un 3 a 1 a su favor, los clientes se fueron marchando poco a poco, hasta que el bar se quedó casi vacío.

Ricardo, licenciado en ciencias empresariales, politólogo, trabajador en un burger y orador circunstancial para difundir la buena nueva en las barriadas poco boyantes de la periferia de la ciudad, se despidió de sus amigos, mientras ellos le daban palmadas de ánimo, porque mañana que iban a venir los de Antena 3, lo haría aún mejor. Y se fue para su casa.

Sus padres estaban orgullosos de él. Acabar las dos carreras y con muy buenas notas, era algo que ni en sus mejores sueños, hubieran imaginado que su hijo llegaría a alcanzar en sus estudios. Ellos hubieran preferido sólo lo de empresariales. Pero el chico, con inquietudes políticas inculcadas de pequeño por su tío Manuel, sindicalista de la CGT, lo inclinaron más hacia esa otra carrera de politología. Y cuando veían los carteles con su nombre en letras grandes, anunciando cada uno de los mítines que iba a dar, pues no podían evitar ponerse huecos de orgullo. Y tarde o temprano, si no era en estas elecciones, sería en las siguientes, ya veían a Ricardo en el hemiciclo del Congreso, acudiendo a la tribuna de oradores para defender algo que se caería de cajón que habría que aprobar, con el típico: "*Tiene la palabra el diputado Ricardo Galván, en representación del partido Justicia Solidaria. Su Señoría, puede comenzar* ". Y a su madre le vino a la cabeza lo que le costó sacarlo adelante porque siempre fue un poco enfermizo, inseguro y el más bajito de su clase. "*Y míralo ahora: politólogo y empresario*", pensó satisfecha porque su hijo valía mucho.

Cuando Ricardo entró en casa y saludó a sus padres, el padre le dijo: " *Ricardo, te ha llamado una señorita que quería hablar contigo, aunque no me ha dicho para qué. Ahí tienes la nota donde he apuntado el nombre por quien tienes que preguntar y su teléfono. Ha dicho que era urgente, que quería hablar contigo. Pero que si llegabas más tarde de las 9, que le llamaras mañana por la mañana*".

Ricardo, miró la nota y leyó el nombre: Mariano de Ibarz y Bordón. Ni idea de quién podría ser esta persona, aunque el nombre era un tanto rimbombante. Bueno, como eran las 11 de la noche, pues ya le llamaría mañana. No sabía a santo de qué, tanta urgencia. Sería algún vendedor de algo, aunque ese nombre no pegaba demasiado para un vendedor. Y se guardó la nota para llamarle mañana.

Y la mañana siguiente llegó y Ricardo, curioso, llamó al teléfono anotado por su padre.

"*Trust Company Steel, despacho de D. Mariano de Ibarz, Director General: ¿en qué podemos atenderle?*", contestó una voz de mujer joven.

"*Pu... pues, no sé, s... soy Ricardo Galván, que ayer me llamó... este... el Sr. de Ibarz, y dejó nota a mi padre de que era urgente y que quería hablar conmigo*". Y tragó saliva al terminar.

"*¿Y cómo dice que es su nombre...?*", preguntó la joven.

"*Ricardo Galván... Blasco*", se limitó a decir.

"¡Ah!, sí... Sr. Galván, sí, aquí lo tenía anotado para volver a llamarle..., sí, que fui yo. Bueno, pues es que D. Mariano, quiere que almuerce Vd.

con él, aquí en su despacho..., hoy, a las 12 ¿le vendrá bien, imagino?", dijo ella acostumbrada a pedir exigiendo.

"*Bu...bueno, s... sí, claro, supongo que sí, que tengo la agenda libre para esa hora...*", dijo mintiendo para darse importancia y hacerse a valer. "*Pero... ¿para qué es esa cita, señorita...?*", preguntó un poco abrumado porque Trust Company Steel, si era la misma que él conocía por el logotipo que había en lo alto del rascacielos más alto del centro financiero de la ciudad, pues era un monstruo de empresa a nivel mundial y no podía imaginar qué podía querer de él, el mandamás de esa empresa gigante. Seguro que se habrían equivocado y que todo se aclararía cuando acudiera.

"*Pues, me disculpará pero D. Mariano de Ibarz, nunca facilita a sus colaboradores esa información. Lo siento. ¿Confirmo pues, su asistencia a esa hora, no? Bueno, ya sabe: es en Avenida D. Juan de Austria, 260, edificio TCS, planta 32. Sólo hay una puerta en esa planta, que es donde D. Mariano tiene su despacho. ¿Es Vd., vegano?*", dando por hecho que la cita de almuerzo ya estaba concertada y sólo quedaba, el tipo de menú a servir.

"*Vale, sí, allí estaré puntual. Y no, no s... soy vegano. ¿Tengo que llevar algo..., no sé, el carnet de identidad para identificarme, o algo así?*", preguntó Ricardo, intentando aparentar una calma que no sentía, pensando en el sentido de todo aquello.

"*No, no hará falta. Cuando pase por el arco de seguridad, la cámara de discriminación de rostros, le dejará entrar porque tenemos sus fotografías almacenadas en el ordenador central de la seguridad. Un saludo, y hasta luego, Sr. Galván. No se olvide: planta, 32*", terminó zanjando el tema la señorita del teléfono.

Colgó el teléfono Ricardo y se quedó como ausente. "*Yo..., hablando en un almuerzo privado con el Jefe de jefes de la Trust Company Steel...*", pensaba. Dudó si debía de comentarlo con el segundo de abordo de Justicia Solidaria, por si creía conveniente que Pablo estuviera enterado y diera su visto bueno. Pero enseguida lo desechó porque no conocía que tuviera que haber relación alguna con sus actividades dentro del partido. Tal vez, era para una oferta de trabajo, o para algún trabajo especial. Muy especial tendría que ser, para que se lo ofrecieran así.

Tomó aire, lo expulsó con fuerza como hacía cada vez que daba un mitin cara al público, y fue al armario a ver qué podía ponerse. ¿Informal, como Pablo? N..., no..., algo intermedio: chaleco de punto, camisa y pantalón, pero sin corbata. Por ahí, sí que no pasaba. Si luego era un trabajo bien remunerado y era obligatorio llevarla..., pues ya vería. Tampoco era

ningún crimen el llevar corbata, si la empresa se lo pedía.

Se duchó, se puso su ropa, un toque del perfume de las últimas Navidades... y arreando. Y nuestro hombre, viéndose en la calle, sonrió ligeramente porque la puerta del Paraíso, podría abrírsele para él en esta mañana de primavera, qué joder. Sólo por lo contentos que se pondrían sus padres, ya merecía la pena pasar el mal trago de esta incertidumbre que lo tenía desconcertado.

Las 11,45 de la mañana, y estaba ya en las escaleras de entrada al rascacielos aquél, que te hacía flexionar la espalda hacia atrás, si querías ver su final clavado en el cielo. "*Vamos allá*", se dijo.

El guardia de seguridad, le dio los buenos días y sólo le preguntó: *"¿Tiene cita concertada?*". Ricardo asintió y el de seguridad le indicó que traspasara el arco de discriminación de rostros. "*Camine despacio, por favor*", y lo dejó solo, para llegar a la puerta que le dejaría pasar, o no. " *Bienvenido, Sr. Galván*", dijo un pequeño altavoz junto a ella. Y ésta, se abrió para que Ricardo pasara. Una vez dentro del ascensor que le estaba esperando también, la puerta se cerró y el ascensor mostró en el display: "*planta 32*". Y comenzó a subir acelerando poco a poco y, en un momento, había llegado. Al abrirse la puerta, afuera, un hombre de unos 60 años estaba esperándole a él porque, sin dudarlo, le extendió la mano y le dijo: "*Mariano de Ibarz y Bordón, encantado de saludarle Sr. Galván. ¿Me acompaña?*".

"*Encantado Sr. de Ibarz*", le dijo con voz trémula Ricardo y sintió la mano del otro que se la apretaba con la fuerza de quien está acostumbrado a mandar y a estar rodeado de gente de una posición social inferior.

Le acompañó hasta una mesa redonda, excesivamente grande para sólo dos comensales, pero con una delicada presentación de la vajilla y cubertería que iban a utilizar, y abundancia y variedad de platos, como si de un buffet libre y muy exquisito, se tratara. Se sentaron y el anfitrión animó a Ricardo a que eligiera lo que quisiera, que por algo era su invitado. "*Espero que esté todo a su gusto. Si necesita algo más, les pido a los del office que se lo traigan*", y lo dijo más como una amenaza para " *los del office*", que como una cortesía hacia él.

"*No, no..., por favor, que todo esto es excesivo, aunque sea lo que yo como a diario...*", y Ricardo se sonrió para que el otro viera que era sólo una broma con la que soltar algo del lastre que le arrugaba el estómago por dentro.

"*Pues no sé, Vd..., Ricardo era..., ¿verdad?, así en confianza si lo comerá todos los días pero, yo, sí. Al final, acabas acostumbrándote a la comida de gourmet y te olvidas de la buena. ¿Cree que Vd. llegaría a acostumbrarse si se le diera esa oportunidad, cada día?*", y lo tentaba

desde una cara que no transmitía emoción ninguna. Ricardo, comenzaba a sentirse como una planta a la que le van cortando las ramas y hojas que sobran para que tenga la forma que el jardinero desea. Y el jardinero aquél le hablaba, mientras Ricardo saboreaba todas exquisiteces que nunca antes había probado, como les hablan los jardineros a sus plantas quienes, sólo, escuchan.

"*Perdón, D. Mariano...*", comenzó una frase Ricardo que no llegó a concluir porque fue interrumpido enseguida por su anfitrión: "*Por Dios... Ricardo que, "D. Mariano", en nuestro caso, suena como muy distante y ya tenemos una confianza. Nada de don: Mariano, a secas*", dijo ordenándole confianza, y cómo debía de ser tratado. "*Bueno, pues... Mariano. Imagino que comprenderá que yo esté realmente desconcertado de las razones por las cuales Vd. me ha invitado a su sede, para desayunar así y ser tan bien agasajado, cuando no nos conocemos de nada. ¿Qué desea de mí, exactamente?*".

"*¿Que qué deseo...? Pues que según Vds., los de Justicia Solidaria, yo soy uno de esos oligarcas de los que abusamos del pueblo, de la "ciudadanía", como Vds. dicen y, claro, eso es algo que no está bien que lo diga cuando da sus mítines. ¿Qué va a pensar la gente de nosotros, los oligarcas, como Vd. nos llama? ¿No le parece, Ricardo?*", le dijo Mariano de Ibarz, mirándole fijamente a los ojos.

"*Pe... pero... ¿porqué me ha elegido a mí para decirme esto, si yo sólo soy uno más, un don nadie dentro de Justicia Solidaria? ¿Porqué no habla con Pablo, que es el que manda y del que parten los mensajes que los que estamos por los barrios, sólo los repetimos para atraer votantes? Yo..., no soy nadie, D. Mariano. ¿Por qué a mí? Sigo sin entenderlo*", contestó Ricardo un poco abrumado por sentirse elegido.

"*Ayyy... Ricardo..., Ricardo..., qué peligrosamente ingenuo es Vd..., mi joven amigo. Pablo, su Pablo, su líder, su amado líder, si se me permite la broma..., dice lo mismo que Vd., o Vd. dice lo mismo que él, pero Vd. sí se cree lo que les dice a los que asisten a sus mítines, ¿me equivoco?. Con Pablo, si gana algún día las elecciones, nos podremos entender porque, en el fondo, hablamos el mismo idioma: el poder. Nosotros, ya lo tenemos y, él, pues... aspira a tenerlo.*

Porque Vd., Ricardo... ¿qué quiere hacer con su Justicia Solidaria, si llegan a instalarse algún día en la Moncloa? Dígamelo", concluyó D. Mariano de Ibarz.

"*Pues... obviamente... transformar esta sociedad que es injusta. Nuestro programa, así lo dice. Sólo tiene que leérselo*", dijo Ricardo.

"*Y Vd., se lo habrá leído, claro... ¿no?*", preguntó D. Mariano.

"*Bueno..., me he leído algunas cosas, aunque la mayoría son las ideas básicas que nos impartieron a los delegados de barrio, cuando nos reunieron antes de la campaña electoral..., y que son de sentido común. Vd., D. Mariano, vive en su mundo, este mundo ajeno a la realidad de los barrios como el que yo vivo, o los que visito, y hay gente que pasa hambre, gente que no puede...*", y paró Ricardo porque D. Mariano, le interrumpió.

"*Sí..., sí..., sí..., ya lo sé: que no pueden pagar la luz, que no pueden pagar la hipoteca, que no encuentran un trabajo ni siquiera de los mal pagados..., sí, sí, todo eso ya lo sé yo también, Ricardo. Y llegarán Vds., cargados de buenas intenciones y con teorías económicas de las que dicen que han funcionado en Dinamarca, o en algún poblado muy solidario de Guatemala... y, hala, a cambiar todo esto que nosotros hemos creado ¿no?. Pero, Ricardo... ¿Vd. cree que sin dinero, podrán hacer mucho Vds., si llegan al poder?. Al poder político, me refiero*", matizó el Sr. de Ibarz.

"*Bueno..., Vds. tienen mucho dinero y, los pobres..., poco. Nosotros les elevaremos los impuestos a Vds., que seguirán teniendo mucho dinero aún, y con ese dinero les daremos una vida mejor a los más desfavorecidos. Es justo... ¿no?*", y Ricardo le hablaba con la naturalidad de quien entiende que algo así es bueno, hasta para quien lo tiene que costear. Era una forma de sentir la política, sin fisuras, en la que el fin justificaría los medios necesarios para llevarla a cabo.

"*Mire, Ricardo, está Vd. aquí porque los que son como Vd., son los que nos dan miedo, si llegan a escalar puestos de más responsabilidad dentro de su organización. Sobre todo, si llegan puros a la cima. Vd. es peligroso porque se cree lo que Vd. mismo dice. La vida es negociación, y ceder para conseguir algo. Vale, los ricos cedemos menos, pero la vida es así, joder, podemos aguantar mejor, cuando los que tenemos delante sólo luchan por mejorar un poco, si pensaban que no iban a conseguir nada.*

Pero Vds., no. Los que son como Vd., quiero decir, no: tienen un sueño, una fantasía de justicia que no es negociable para Vds., y la vida no es así, ya se lo he dicho. Hay que aprender a transigir. Sobre todo, cuando eres la parte débil de los que negocian. Yo, he negociado muchas veces, casi cada día debo de ceder. Unas veces soy el fuerte y otras, el débil. No tengo verdades inamovibles, sino peldaños que ir subiendo. Y a veces, me toca retroceder.

Pablo, su jefe, sabe de qué va esto y, por eso, nos gusta tratar con él, aunque lo que vende..., pues no. Él sabe lo que quiere y está dispuesto a ceder por conseguir algo más de lo que ya tiene. Y él, es, su propia verdad absoluta y sabe transmitirlo a los que le siguen, a quienes no les importa tanto qué dice el líder, sino quién es el líder. Y una vez elegido

éste, lo que sale de su boca, se convierte en verdades no cuestionables.

Pues, eso, Ricardo, que con estas menudencias de la política hecha a la altura de lo que los seres humanos pueden dar de sí, ya contamos. Lo malo es... ¿qué hacemos con los puros, si se hacen con las riendas del partido?

Ya sé que no es lo habitual, porque son apartados cuando acaban Vds. siendo un obstáculo porque no van conformarse con que, lo que iba a ser blanco, pues ahora resulta que Pablo dice que no, que aunque sea un gris claro, que no pasa nada, que es sólo una estrategia de circunvalación para llegar hasta el blanco primigenio. Pero el riesgo de los que como Vd., lleguen arriba, a la toma de las decisiones..., siempre existe, mi apreciado Ricardo. ¿No le parece?", concluyó D. Mariano su largo discurso.

Ricardo, se quedó callado sin saber qué decir, lo que fue aprovechado por su interlocutor, para que la planta que tenía entre sus manos de jardinero poderoso, fuera amoldándose tras cada tijeretazo dado con sus palabras.

"*Habla Vd. en sus discursos por las plazas de los barrios que visita..., de la revolución que todo lo cambiará. Y los pobres, sin ahondar en cómo será eso posible, ya imaginan un mundo mejor, sin jefes injustos que les manden, sin sueldos de mierda que acepten agradecidos porque no tienen otra cosa, sin hipotecas que les persigan cada mes, y con empresas que les piden que por favor, que trabajen para ellos porque les mejorarán el sueldo que estén cobrando en estos momentos, en otro sitio. ¿Me equivoco?*", y se quedó mirando a los ojos de Ricardo, esperando su respuesta.

"*Yo... sólo pretendo acabar con la injusticia, D. Mariano. Con eso, me conformo. Y sé que no es fácil, porque cambiar el sentir de las gentes es complicado. Es una pedagogía continua de lo bueno, de lo ético, de la igualdad, de los derechos..., y cuesta. Vd. me habla de renunciar, para conseguir. Pero no: Vd. dice, en realidad, renunciar para que nada cambie, excepto que yo tendré derecho a ocupar un cargo bien remunerado que otro esté ocupando ahora. Y que la historia se siga repitiendo. Pero yo quiero cambiar la historia y, Justicia Solidaria es la herramienta*...", y Ricardo calló, porque D. Mariano, le preguntó:

"*¿Y quién maneja esa... herramienta..., Vd., Ricardo?*".

"*Bueno..., yo soy, como le he dicho, un don nadie en esa herramienta, y no, no la manejo siempre como yo quiero, porque a veces, por estrategia, no conviene parecer tal cual queremos ser, porque como dice Pablo, no siempre la línea más corta es la recta, porque la realidad es curvilínea. No siempre comparto la estrategia esa de camuflar nuestro programa aunque sea por algo práctico como ganar en votos y quizás, las elecciones. Lo malo es, para mí, decir en el siguiente mitin, casi lo contrario que en el*

anterior, por seguir la línea oficial en zigzag. Mi visión de la realidad es menos extensa que en los de arriba de mi partido y puedo equivocarme en los análisis sobre lo conveniente..., más que ellos", señaló Ricardo con una cierta tristeza, porque tenía prisa por esa justicia social.

"*¿A qué se dedica Vd., fuera de la actividad política..., vamos, que de qué vive, quiero decir, si se me permite, Ricardo?*", preguntó D. Mariano. "*Bueno, sí, ya lo sabemos: en una hamburguesería, recogiendo las mesas que los clientes dejan cuando se van. Quiero decir..., que si no le gustaría trabajar de lo que estudió en su carrera de empresariales, por ejemplo*", continuó el presunto oligarca, para demostrarle que se había interesado un poco por su vida, y que la conocía.

"*Vivir..., vivir..., con los 800€ que cobro, pues no mucho. Bueno, D. Mariano... ¿me va a decir qué pinta uno como yo, en su despacho? No creo que esté muy interesado en mi modo de vida, ni en mis ingresos, no?* ", preguntó intrigado, el joven.

"*Pues sí..., y no. Vamos a ver..., nosotros necesitamos cubrir una plaza para el control de calidad de nuestra actividad que son los productos del acero, pero en la calidad de nuestros procesos de toma de decisiones dentro de los diferentes departamentos, y que se hagan de acuerdo con la ética, la transparencia, la ecología, las buenas prácticas..., bueno, Vd. ya me entiende. Por decir así, alguien que controle que los objetivos de cada departamento que deben de cumplir, no sean conseguidos a costa del descrédito de la empresa en su conjunto, o de los otros departamentos con los que compiten. Vamos, lo de la responsabilidad social, como se dice ahora. Y alguien tiene que hacer de árbitro en sus disputas, y velar porque, sin perder la pugna de cada uno por ser el mejor, no falle la sinergia. ¿Cómo lo ve?*", terminó preguntándole. Ricardo, se empezó a sentir incómodo y más desconcertado. Tosió un poco y le contestó:

"*Raro..., lo veo raro, D. Mariano. ¿Es una oferta de trabajo, lo que me está haciendo? Porque si es así..., me gustaría saber porqué a mí, que no me conocen. Bueno, quiero decir que me conocen poco*".

"*Sí, Ricardo, sí, es una oferta de trabajo. ¿Y porqué a Vd.? Pues porque creemos que con su personalidad nada ambiciosa y sí muy impregnada por lo de las cosas justas, o bien hechas..., sabrá ser ese árbitro imparcial que necesitamos. Vd. estaría directamente bajo mis órdenes y sólo a mí me rendiría cuentas de las situaciones anómalas que observase en las relaciones entre departamentos. Escucharía sus consejos, pero las decisiones posteriores las tomaría, yo. ¿Me sigue...?*", y D. Mariano se quedó mirándole, sin pestañear.

"*Bueno, sí, le sigo... pero... ¿y cuánto cobraría por mi trabajo?*" que fue lo

único que se le ocurrió preguntarle.

"*Pues por un trabajo de 7 horas al día, 5 días a la semana, coche propio de la empresa, 14 pagas al año más incentivos... ¿cuánto desearía cobrar?* "

"*No sé..., ¿2.000€?*", titubeó Ricardo, por si no se habría pasado pidiendo.

"*Tiene que aprender a negociar. Nosotros habíamos pensado en 3.500€ netos, en cada paga. Al menos, en los 6 primeros meses de prueba. Luego, si se quedaba porque nos pareciera que era merecedor de ese puesto, serían 5.000€ netos, al mes. Eso sí: necesitamos plena lealtad a la empresa, obviamente*".

Ricardo sintió que su cabeza le daba vueltas: podría pasar de las estrecheces actuales, a una vida resuelta. Ya se imaginaba la cara de su novia cuando se lo dijera, y cómo lo "celebrarían". La cara de sus padres, siempre preocupados por la falta de futuro de su hijo, volcado como estaba en la política y no en resolverse la vida, que tanto le repetían. Seguro que se iban a sentir ahora, más orgullosos de él. Y pensaba en el piso aquél nuevecito que había visto con su novia, en el mismo barrio donde ella vivía (porque no querrían cambiar de entorno, aunque consiguiera el trabajo), pero que no habían podido comprar porque el del banco les había pedido avales. Ya se veía también, tirándole las nóminas al director del banco sobre su mesa, con una especie de: "*¿Y ahora..., qué..., tampoco...?*". Imágenes que iban pasando veloces por su cabeza, mientras la mirada fija de D. Mariano, esperaba la respuesta de Ricardo. Y los amigos..., ¿qué le dirían los amigos, cuando se les dijera, o sus suegros, que pensaban que, este chico, con los estudios que tiene, limpiando mesas en el Burger King, por cuatro perras?

"*¿Qué me dice, Ricardo... lo acepta?*", insistió el que podía ser su jefe inmediato, ya. "*Si me dice que sí, mañana mismo lo quiero en mi despacho para ultimar detalles. Es su oportunidad de ser alguien en esta vida ¿se decide?*".

"*No sé, D. Mariano, lo tengo que pensar. Mañana, precisamente, tengo un mitin por la mañana, en el barrio del Mercado, y venían los de Antena 3, a grabarlo para el telediario. Pasado mañana... ¿no le sería igual..., D. Mariano?*", dudaba Ricardo aunque sabía que no había nada que pensar. Y seguía imaginando la cara de asombro de su novia, la de sus padres, la de sus suegros. Pero también veía la de sus compañeros de partido. Hasta la de Pablo veía, a quien apenas había saludado una vez cuando Ricardo se le acercó entusiasmado por tenerlo tan cerca, aunque aquél no le pudiera hacer mucho caso porque tenía una entrevista en La Sexta, en esos

momentos. Muchas imágenes para un sí y, muy pocas, para el no.

"*Joder..., es una oportunidad que se me presenta en la vida y no tengo por qué cambiar mi forma de ver las cosas, o mi vida. Es sólo un trabajo, aunque muy bien pagado y tendré mis obligaciones con la empresa, pero tampoco será un crimen que lo acepte. Para los mítines, hay más gente que querrá darlos, que no soy imprescindible. Y, también, desde dentro del sistema podré trabajar para cambiarlo. Algunos, seguro que no lo entenderán, pero no tengo porqué cambiar de valores por esto...*", iba pensando velozmente, mientras D. Mariano esperaba y, él, accedió casi sin darse cuenta de que lo hacía. Y se dejó estrechar la mano, cuando aquél se la entregó para cerrar el acuerdo.

"¿A qué hora querrá que venga para ultimar los detalles, como me ha dicho, Mariano?", preguntó Ricardo antes de irse, porque estaba deseando dar la noticia a todos aquellos que iban a alegrarse al conocerla.

"*Una cosa: los empleados me dicen todos, D. Mariano. Es... como una especie de protocolo interior de nuestra organización. Supongo que no tendrá problema, ¿no? Y en cuanto a la hora, pues venga a las 9 de la mañana y vaya a hablar con el Jefe de Personal, que ya sabrá de qué va todo esto y él le informará de lo que debe de conocer. No me deje en mal lugar, ahora que he apostado por Vd., Ricardo, ¿eh?*", terminó su... ya, jefe.

"*Descuide, D. Mariano, intentaré ganarme el puesto para el que Vd. me ha llamado. A las 9, estaré aquí. Esto..., una cosa: la ropa... ¿cómo debo de vestir, así... o conviene llevar traje, como los demás empleados que he visto al llegar?*", preguntó Ricardo para estar en orden con las normas de la empresa.

"*Por Dios, Ricardo, qué pregunta me hace. ¿Cómo va a vestir así, estando en nuestra organización? ¿Tendrá un traje en condiciones, supongo?. Y una corbata, y una camisa, que parece Vd. así, un don nadie. Dignidad, Ricardo..., dignidad. Si trabaja en Trust Company Steel, debe de vestir con dignidad. ¿O.k.?*", y le miró al decírselo, como si fuera algo tan obvio, que sobrara la pregunta de su nuevo subordinado.

"*O.k., D. Mariano, hasta mañana..., si no manda nada más*". Ricardo, al terminar, le tendió la mano y se quedó con ella, suspendida en el vacío, mientras su jefe, mirándole a los ojos, sólo le dijo: "*Ande..., ande..., ya puede irse*".

Ricardo salió de la sala aquella con un sabor agridulce, porque mucho en su vida iba a cambiar a partir de aquella aceptación que tenía un algo de derrota. Veía todo aquél dinero, ¡5.000€, netos!, cuando pasara la etapa de prueba y todo lo que ese dinero le permitiría obtener a partir de entonces, todo lo que había ido desdeñando hasta ese momento por

inalcanzable con los ingresos en el Burger, y por innecesario hasta entonces. Tal vez, ahora, en que lo desdeñado iba a estar más a su alcance, ya no le fuera tan prescindible.

Y un amargor por las cesiones que debería ir haciendo en cada nómina tan abultada, y miedo a las mutaciones que se pudieran originar en él, y que tanto había criticado en otros, durante las reuniones del bar con sus compañeros de partido, cuando las cosas sólo las entendía en blanco y negro, sin matices.

Ahora que él había tenido la oportunidad de elegir, se había dado cuenta que no era tan sencillo, que había un poco de todo, de ego, de ambición, de asegurar futuro, de agradar a los suyos más suyos, de abandonar sueños inoportunos porque al final, el sálvese quien pueda, se iba a imponer de todas maneras y, él, se había agarrado a aquella barca que se le presentaba en su vida, un poco como de náufrago.

Y en la barca de Justicia Solidaria, no sería muy distinto ese sálvese quien pueda, porque para todos no habría sitio en ella y sólo unos pocos de los destacados, y muy pocos de los pringadillos como él, tendrían un puesto con el que salvar su vida, mientras sólo podrían hacer un poco por las de los demás, de todo lo que les habían ido prometiendo en sus mítines. Abrió el whatsapp y buscó el contacto de Josema, su compañero de partido, y le puso unas líneas:

"*Oye, Jóse, que mañana no podré dar el mitin en Mercado. Me ha salido un trabajo y tengo que empezar mañana mismo. Ha sido todo muy rápido. Ya os contaré. Hazlo tú, por mí, y se lo dices de paso al Coyote, porque no podré colaborar más en esta campaña. Tíos: suerte y "a por ellos", ya sabes. Ya me pasaré por el bar y no os lo vais a creer porque yo, aún no me lo explico*". Lo envió y pensó: "*A ver cómo se les cuento esta tarde, y que me entiendan. Y si no me entienden..., que les den*". En el fondo, sabía que iba a ser criticado porque de alguna manera era un abandono de la barricada a la primera tentación recibida, aunque fuera muy buena. Y seguro que los demás seguirían con sus empleos mal pagados, y hasta creerían que lo hacían por reforzar su espíritu de clase. De repente, sentía que algo les iba a separar a partir de ahora. Toda la amistad, y las cosas en común que habían tenido, se irían perdiendo de golpe o, poco a poco, con este nuevo trabajo. En estos momentos, estaba dudando de si les seguiría viendo igual que siempre, tanto a ellos, como a sus ilusiones por un mundo mejor. A ver...

Ahora, lo primero de todo, llamaría a Sara, su novia, para contarle lo de su empleo. Y se sintió como el amo del mundo, cuando fue a pulsar en el móvil el contacto de ella.

Una de las puertas del despacho de Mariano de Ibarz se abrió, y entró sin tener que llamar en ella, Diego Requena, el segundo hombre fuerte de la

compañía, y colaborador íntimo de D. Mariano.

"¿Qué tal, Mariano, cómo te ha ido con tu nueva adquisición?", le dijo mostrando una confianza total con el jefe supremo.

"*Bien..., casi que demasiado bien. No sé porqué, imaginaba que no iba a aceptar tan rápido mi oferta, aunque le haya regateado al alza. Pero vamos, que no se lo ha pensado dos veces. Tal vez, no es tan "puro" como lo imaginábamos, y más pragmático de lo que parecía*", dijo D. Mariano un poco sorprendido, pero sin estar descontento por ello.

"*¿Estás seguro de que será un buen fichaje para nuestra corporación? Ya sé que tiene un buen currículo académico y todo eso, y que está, o estaba, plagado de buenas intenciones para con la sociedad. No sé, supongo que necesitamos a alguien íntegro para lo de la coordinación de los departamentos y que sepa poner a cada uno en su sitio, cuando toque..., pero espero que no sea un topo izquierdoso y nos salga... demasiado exquisito. Sí..., sí..., Mariano, ya sé que son enfermedades de la juventud pero..., nunca se sabe..., nunca se sabe...*", y sonrió a su amigo, de quien se fiaba mucho por ese sexto sentido que tenía para elegir a los colaboradores especiales.

"*Diego...: Ricardo, aún no era nadie dentro del Justicia ése, pero tenía futuro en el partido, te lo digo yo. Y en la cúpula, desbancado Pablo, hubiera sido peligroso para nuestros intereses. Los puros..., en nuestra empresa. Les pagamos bien, hacen muy bien todo lo que creen que es su obligación..., y todos contentos. Su labor, va a ser complicada y es el candidato ideal. Te lo digo yo, Diego. ¿Te apetece un café?*", acabó con esa pregunta, Mariano de Ibarz.

"*Está bien. Tú eres el jefe y sabes que confío en ti. Y bueno, tomemos ese café, pero no en tu despacho. Vamos a salir a una cafetería, como las personas normales, y me sigues contando las ideas que llevas sobre el muchacho. Y hablando del muchacho..., ¿qué tal llevas las conversaciones con tu amigo... Pablo?; bueno..., ya sabes...*", le preguntó con sorna, su amigo.

"*Ah..., Pablo..., bien, bien... no es difícil entenderse con él. Él tiene su papel y yo, el mío. Es un cabrón..., así que hablamos el mismo idioma. No problem. Vamos a la cafetería de otras veces pero, yo, de comer nada, ¿eh?, que acabo de almorzar. Ah..., y pagas, tú*".

"*O.k., tú mandas, jefe*", dijo Diego, y salieron los dos del despacho para olvidarse de la empresa, por un rato.

F I N